

fué tan bajo, que cedió. Compton fué suspendido de las funciones de su ministerio, dejando el cuidado de su gran diócesis á cargo de Sprat y Crewe. Continuó, sin embargo, residiendo en el palacio obispal y disfrutando de sus rentas, porque se sabía que si intentaban privarle de los bienes temporales, se pondría bajo la protección del tribunal de causas comunes (Court of Common Law) (1), y el mismo Herbet declaró que en tal caso la sentencia sería contraria á la Corona. Esta consideración indujo al Rey á proceder con cautela. Sólo algunas semanas habían transcurrido desde que para obtener una decisión favorable á su prerrogativa de exención había renovado casi por completo los tribunales de Westminster, y ahora se encontraba con que, á menos de renovar también el personal, no podría obtener sentencia favorable á las decisiones de la Comisión eclesiástica. Resolvióse, pues, á aplazar por algún tiempo la confiscación de bienes pertenecientes á los clérigos rebeldes (2).

## XLV.

## DESCONTENTO CAUSADO POR LA CELEBRACIÓN PÚBLICA DE LAS CEREMONIAS DEL CULTO CATÓLICO.

El estado de la opinión explicaba cumplidamente sus vacilaciones. Por espacio de algunos meses el descontento había crecido, extendiéndose con gran rapidez. Por mucho tiempo la celebración del culto católico había estado prohibida por una ley del Parlamen-

(1) Véase el Apéndice al tomo IV.—N. del T.

(2) Burnet, i, 677; Barillon, set. 6 (46), 1686. La vista pública de la causa puede verse en la *Colección de causas de Estado*.

to. Durante varias generaciones ningún cura católico se había atrevido á presentarse en público con el distintivo de su profesión. Habíase publicado una serie de rigurosos estatutos contra el clero regular, y más especialmente contra los revoltosos y sutiles jesuitas. Todo jesuita cogido en territorio inglés era condenado á la horca y á ser arrastrado y descuartizado. Ofrecíase una recompensa al que lo descubriese, y no podían los jesuitas aprovecharse de la regla general en que se establece que no es obligatoria la acusación. Aquel de quien se sospechase que fuera jesuita podía ser interrogado, y si se negaba á contestar, podían enviarle á prisión por toda la vida (1). A pesar de no haberse cumplido estas leyes, excepto cuando se temía un gran peligro, y aun cuando nunca habían impedido que los jesuitas viniesen á Inglaterra, habíase hecho necesario el uso del disfraz en todos los de la orden. Pero actualmente el disfraz había desaparecido. Algunos correligionarios del Rey, animados por él mismo, tenían orgullo en infringir los estatutos, cuya validez era aún indubitable, y en insultar la opinión nacional, más arraigada entonces que en ninguna época anterior. Erigiéronse capillas católicas en toda la nación, y en las calles veíanse constantemente cogullas, cuerdas y rosarios con gran admiración del pueblo, entre el cual aun los más ancianos no habían visto los hábitos monacales como no fuese en la escena. Construyóse un convento en Clerkenwell, en el lugar que había ocupado el antiguo claustro de San Juan. Los franciscanos ocupaban una gran casa en Lincoln's Inn Fields. Los carmelitas se alojaron en la City. Una comunidad de monjes benedictinos recibió alojamiento en el palacio de Saint James, y en el ba-

(1) 27 Elizabeth, c. 2.; 2 Jac. 1, c. 4.; 3 Jac. 1, c. 5.

rrio de Saboya se construyó especialmente una gran casa con iglesia y escuela para los jesuitas (1). La habilidad y esmero que los discípulos de San Ignacio habían desplegado por varias generaciones en la educación de la juventud, habíales valido elogios, que á su pesar les tributaran los más sabios protestantes. Bacon había declarado que el método seguido por los jesuitas en sus colegios era el mejor del mundo, expresando con gran vehemencia su pesar porque tan admirable sistema de disciplina moral é intelectual estuviese subordinado á los intereses de una religión corrompida (2). Era probable que la nueva academia del barrio de Saboya, contando con el patrocinio del Rey, fuese formidable rival de los grandes establecimientos de Eton, Westminster y Winchester. Y en efecto, poco después de abrirse la escuela contábase en las clases cuatrocientos alumnos; de los que próximamente la mitad eran protestantes. A estos últimos no se les obligaba á asistir á misa; mas no podía dudarse que la influencia de hábiles preceptores consagrados á la causa de Roma y versados en todas las artes que sirven para granjearse la confianza y afecto de los jóvenes, haría muchos prosélitos.

## XLVI.

## TUMULTOS.—CONCENTRACIÓN DE FUERZAS EN HOUNSLOW.

Estos sucesos produjeron gran excitación en el populacho, en quien siempre ejerce mayor influencia

(1) Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 79, 80. *Mem. Orig.*

(2) *De Augmentis*, I, VI, 4.

cuanto impresiona los sentidos que lo que se dirige á la razón. Millares de hombres rudos é ignorantes, para quienes la prerrogativa de dispensa y la comisión eclesiástica eran palabras sin sentido, veían con disgusto é indignación el colegio de los jesuitas que se construía á orillas del Támesis, los hábitos y capuchas de los frailes que transitaban por el Strand (la Ribera) y la multitud de devotos agrupados á la puerta de los templos donde se rendía adoración á las imágenes. Estallaron tumultos en distintas partes del Reino. En Coventry y Worcester el culto católico fué interrumpido violentamente (1). En Bristol el populacho, presidido, según se decía, por los magistrados, representó una farsa indecente y profana, en la cual un bufón hacía la parte de la Virgen María, y una hostia de burlas era llevada en procesión. Acudió la guarnición á dispersar el populacho; pero éste, que como siempre era entonces el más feroz de todo el Reino, se resistió y sobrevino un conflicto en el que hubo desgracias de una y otra parte (2). Grande era la agitación en la capital, y mayor aún en la City, propiamente dicha, que en Westminster. Porque la gente de Westminster tenía costumbre de ver las capillas privadas de los embajadores católicos; pero la City, al menos nadie lo recordaba, no se había manchado nunca con ninguna exhibición idólatra; á pesar de lo cual el Ministro residente del Elector Palatino, animado por el Rey, estableció una capilla católica en Lime Street. Los jefes del Municipio, aunque expresamente elegidos por su amor al partido tory, protestaron contra esta medida, que, según ellos decían, los más respetables entre cuantos arrastran larga toga calificaban de ilegal. El

(1) Citters, mayo 14 (24), 1686.

(2) Citters, mayo 18 (28), 1686; Adda, mayo 19 (29).

Lord Mayor recibió orden de presentarse ante el Consejo privado. «*Tened cuidado con lo que hacéis*, le dijo el Rey. *Obedecedme y no os inquietéis por lo que digan los caballeros de larga toga ó los de toga corta.*» El Canciller tomó la palabra y reprendió al infortunado magistrado con la genuina elocuencia del tribunal de Old Bailey. Abrióse la capilla, y muy pronto toda la vecindad estaba en conmoción. Reuniéronse numerosos grupos en Cheapside para atacar la nueva iglesia. Los sacerdotes fueron insultados, y un Crucifijo que había en el templo fué rociado con la bomba de la parroquia. Acudió el Lord Mayor á calmar el tumulto, mas fué recibido á los gritos de «*¡No queremos dioses de madera!*» La Milicia recibió orden de dispersar las turbas; pero los milicianos opinaban como el pueblo, y entre las filas se oyó murmurar: «*Nosotros no podemos, en conciencia, pelear en defensa del papismo*» (1).

El Elector Palatino era, como Jacobo, sincero y celoso católico, y, semejante en esto también al Rey de Inglaterra, su pueblo era protestante. Pero ambos Príncipes se parecían muy poco, así en carácter como en inteligencia. Había prometido el Elector respetar los derechos de la Iglesia que encontró establecida en sus dominios, y tan fielmente cumplió su palabra, que ni aun se dejó arrebatar hasta la violencia por la indiscreción de aquellos predicadores cuya antipatía por la fe del Soberano les hacía á veces olvidar el respeto debido á su persona (2). Con gran sorpresa tuvo noticia del insulto hecho al pueblo de Londres por la impremeditación de su representante, y con

(1) Ellis, *Correspondencia*, abril 27, 1686; Barillon, abril 19 (29); Citters, abril 20 (30); *Libro del Consejo Privado*, marzo 26; Lutrell, *Diario*; Adda, feb. 26 (marzo 8), marzo 26 (abril 5), abril 2 (12), abril 23 (mayo 3).

(2) *Viajes de Burnet*.

diligencia que le honra declaró que no vacilaría en renunciar al privilegio á que como príncipe soberano tenía derecho, antes de poner en peligro la paz de una gran ciudad. «También yo, escribía á Jacobo, tengo súbditos protestantes, y no ignoro cuántas precauciones y delicado tacto deben presidir á la conducta de un príncipe católico en tal situación.» En vez de manifestar Jacobo agradecimiento por tan humanitaria y considerada conducta, se burló de la carta á presencia de los Ministros extranjeros. Determinóse, pues, que el Elector, pluguérale ó no, tuviese una capilla en la City, y que si los milicianos se negaban á cumplir con su deber, fuesen reemplazados con las tropas de la Guardia (1).

Todos estos disturbios influyeron muy seriamente en las transacciones mercantiles. El Ministro holandés informó á los Estados Generales que en la Bolsa los negocios se habían paralizado; los comisarios de aduanas refrieron al Rey que durante el mes siguiente á la apertura de la capilla de Lime Street, el importe de los derechos en el puerto del Támesis había disminuído en algunos miles de libras esterlinas (2). Algunos *aldermen*, que aunque celosos realistas nombrados bajo la nueva carta, estaban muy interesados en la prosperidad comercial de su ciudad, y que por tanto, aborrecían igualmente el catolicismo y la ley marcial, presentaron sus dimisiones. Pero el Rey estaba resuelto á no ceder. Formó un campamento en la pradera de Hounslow y reunió allí, en una circunferencia de dos millas y media, catorce batallones de infantería y treinta y dos escuadrones; en junto, trece mil hombres dispuestos á la pelea. Al mismo tiempo

(1) Barillon, mayo 27 (junio 6), 1686.

(2) Citters, mayo 25 (junio 4), 1686.

salían de la Torre y atravesaban la City con dirección á Hounslow veintiseis piezas de artillería y multitud de carros cargados de armas y municiones (1). Los londonenses vieron reunida en su vecindad tan formidable fuerza con gran terror, que muy pronto disminuyó la familiaridad, llegando á ser diversión favorita de los habitantes de la ciudad, los días festivos, hacer una expedición á Hounslow. El campamento presentaba el aspecto de una vasta feria. Veíanse entre los mosqueteros y dragones una multitud compuesta de elegantes caballeros y damas de Soho Square, rateros y pintadas mujerzuelas de Whitefriars, inválidos conducidos en carretones, frailes de luengos hábitos y blancas capuchas, lacayos ostentando ricas libreas, vendedores ambulantes, naranjeras, revoltosos aprendices y admirados gañanes que constantemente pasaban y volvían á pasar las largas calles de tiendas. Oíase el ruido de banquetes y orgías que se celebraban en algunos pabellones, mientras se jugaba, pudiéndose oír desde fuera las maldiciones de los jugadores. Era, en fin, el campamento un alegre arrabal de la gran ciudad, y el Rey, como pudo probarse con toda evidencia dos años más tarde, se había equivocado grandemente. Había olvidado la gran influencia que en tales casos suele ejercer la vecindad, y así, mientras esperaba que su ejército llenase de terror á los londonenses, el resultado de su política fué que los sentimientos y opiniones de los habitantes de Londres tomaran completa posesión de su ejército (2).

(1) *Correspondencia* de Ellis, junio 26, 1686; Citters, julio 2 (12); Luttrell, *Diario*, julio 19.

(2) Véanse los poemas contemporáneos titulados: *La Pradera de Hounslow* y el *Fantasma de César*; *Diario de Evelyn*, junio 2, 1686. En una balada de la colección de Pepys se leen los siguientes versos:

Apenas acabado de formarse el campamento empezó á hablarse de escaramuzas ocurridas entre los soldados protestantes y los soldados católicos (1). Un folleto titulado: «Humilde y sincera advertencia á los protestantes ingleses que forman parte del ejército,» había circulado de mano en mano entre las filas. Exhortaba su autor con gran vehemencia á las tropas á emplear sus armas en defensa, no del libro de misa, sino de la Biblia, de la Magna Carta y de la Petición de derechos. El autor del folleto había ya incurrido en el desagrado del Gobierno; era su carácter notable, y su historia no deja de ser instructiva.

## XLVII.

SAMUEL JOHNSON.

Llamábase Samuel Johnson, era sacerdote de la Iglesia anglicana y había sido capellán de lord Russell. Era Johnson de aquellas personas á quienes sus enemigos profesan odio mortal y que sus amigos suelen mirar con más respeto que cariño. Su conducta era intachable, ardiente y sincero su celo por la religión, no despreciables su saber y talento, débil su juicio y su carácter agrio, turbulento é invencible-

«I liked the place beyond expressing,  
I ne'er saw a camp so fine,  
Not a maid in a plain dressing,  
But might taste a glass of wine.»

(Gustábase aquel sitio sobre toda ponderación; nunca ví campo más hermoso; ni una sola doncella había mal vestida, y á todas se podía ofrecer un vaso de vino.)

(1) Luttrell, *Diario*, junio 18, 1686.

mente obstinado. Su profesión le señaló como objeto especial del odio de los celosos defensores de la monarquía, pues un eclesiástico republicano era un sér extraño y casi sobrenatural. Durante el reinado anterior, había publicado Johnson un libro con el título de *Juliano el Apóstata*, en el cual se proponía demostrar que los cristianos del siglo IV no profesaban la doctrina que prohíbe la resistencia al Príncipe. Fácil era citar pasajes de San Juan Crisóstomo y de San Jerónimo, informados de espíritu muy distinto del que se notaba en las obras de los teólogos anglicanos que predicaban contra el *bill* de exclusión. Pero Johnson fué aún más lejos. Intentó renovar la odiosa imputación que por razones fáciles de comprender había arrojado Libanio á los soldados cristianos de Juliano insinuando que el dardo que mató al imperial renegado no había salido de las filas enemigas, sino del arco de algún Rumbold ó Ferguson que formaba en las filas romanas. Siguió á esta afirmación una animada controversia, y whigs y toríes disputaron con furor aceña de un oscuro pasaje en que Gregorio Nacianceno elogia la piedad de un Obispo que se había ido á dar una paliza á una persona cuyo nombre no se dice. Los whigs sostenían que el sujeto á quien iba á apalearse el santo hombre era el Emperador, y los toríes, que cuando más á quien únicamente zurraría sería á un capitán de la guardia. Johnson preparó una réplica á sus contrarios, en la que establecía un paralelo entre Juliano y Jacobo, á la sazón Duque de York. Durante muchos años, Juliano había fingido aborrecer la idolatría siendo idólatra de corazón. Había fingido también, para servir á sus intereses, respetar los derechos de conciencia; había castigado ciudades partidarias de la verdadera religión, quitándoles los privilegios municipales; y en fin, sus

aduladores le habían dado el sobrenombre de «Justo.» Tal provocación puso á Jacobo fuera de sí. Johnson fué perseguido por libelista, declarado convicto y condenado á una multa que en modo alguno podía pagar. Redújosele por tanto á prisión, y parecía probable que en toda su vida se viese libre del encierro (1).

## XLVIII.

HUGO SPEKE.

En la habitación situada sobre la que ocupaba Johnson en la prisión del Banco del Rey, había otro acusado, cuyo carácter es muy digno de estudio: era el tal, Hugo Speke, joven de buena familia, pero de natural singularmente bajo y corrompido. Su amor al mal y á todo lo que fuera deshonesto é infame rayaba casi en locura. Era su pasatiempo favorito excitar á los demás á la revuelta, sin que ostensiblemente apareciera él para nada, y tenía rara habilidad para hacer servir el honrado entusiasmo de los otros de instrumento á su fría malicia. Había intentado, valiéndose de uno de éstos á quienes manejaba como muñecos, culpar á Carlos y á Jacobo de haber asesinado á Essex en la Torre; mas á pesar de sus artificios pudo descubrirse su intervención, y aunque consiguió echar casi toda la culpa á su infeliz víctima, no por eso salió impune. Hallábase actualmente preso;

(1) Véanse las *Memorias* de Johnson, al frente de la edición en folio de su vida, su *Juliano* y las respuestas á sus contrincantes. Véase también el *Joviano* de Hickeys.

pero gracias á su hacienda, vivía con comodidad, y había tal descuido en su vigilancia, que podía comunicarse regularmente con uno de sus confederados que tenía una imprenta clandestina.

Johnson era el hombre más á propósito para los planes de Speke, intrépido y entusiasta, polemista erudito y experimentado, y sin embargo cándido como un niño. Muy pronto unió á ambos compañeros de prisión la más estrecha intimidad. Johnson escribió una serie de vehementes y enconados folletos que Speke envió á la imprenta. Cuando se formó el campamento en Hounslow, Speke solicitó de Johnson que compusiese un folleto á fin de excitar las tropas á la revuelta. Muy pronto vió satisfecho su deseo, y muchos miles de ejemplares fueron impresos y llevados á la habitación de Speke, de donde salían para ser distribuidos por el país, y especialmente entre los soldados. Cualquier Gobierno más benigno que el que á la sazón regía en Inglaterra, hubiera experimentado los más grandes deseos de venganza á tal provocación; y en efecto, hiciéronse las más minuciosas pesquisas, y uno de los agentes que habían hecho circular el folleto, se salvó acusando á Johnson, y Johnson no pensaba ciertamente salvarse delatando á Speke. Hízose una información, y sin gran trabajo se probó la culpabilidad del reo.

## XLIX.

## SENTENCIA DE JOHNSON.

*Juliano* Johnson, como vulgarmente se le llamaba, fué sentenciado á ser expuesto por tres veces en la picota y á ser azotado desde Newgate hasta Tyburn.

El juez, sir Francisco Whithins, dijo al acusado que podía estar agradecido á la bondad del Fiscal general, que hubiera podido tratarle como reo de alta traición. «*Yo no le debo el menor agradecimiento, contestó Johnson con altivez: ¿he de dar las gracias cuando por el solo crimen de haber defendido la Iglesia y las leyes, me mandan azotar como un perro, mientras se permite á infames papistas insultar diariamente la Iglesia y violar las leyes con toda impunidad?*» La energía con que se expresaba era tal, que los jueces y los abogados de la Corona creyeron necesario vindicarse, y protestaron no conocer ninguna de las publicaciones católicas á que el preso aludía. Entonces Johnson sacó del bolsillo algunos libros y juguetes católicos de los que entonces se exponían á la venta con entera libertad, gracias á la real protección; leyó en alta voz los títulos de los libros, y arrojó un rosario por sobre la mesa al abogado del Rey. «*Y ahora, exclamó en alta voz, deposito estas pruebas ante Dios, ante este Tribunal y ante el pueblo inglés. Pronto veremos cómo el señor Fiscal cumple con su deber.*»

Resolvióse que antes de sufrir el castigo, Johnson fuese degradado de la dignidad sacerdotal. Los Prelados á quienes la Comisión eclesiástica había encomendado la diócesis de Londres, le citaron para que compareciese en la sala capitular de la catedral de San Pablo. La conducta del acusado en toda la ceremonia causó honda impresión en muchos de los espectadores. Al ser despojado de la sagrada túnica, exclamó: «*Me estáis despojando de esa vestidura sólo por haber tratado de hacer que no perdierais las vuestras.*» La única formalidad que parece haberle angustiado, fué el acto de quitarle la Biblia de la mano. Hizo un débil esfuerzo para retener el sagrado libro, le besó y rompió á llorar, diciendo, «*No podéis privarme de las esperanzas de que le soy devoto.*» Hiciéronse algunas tentativas para que se le

dispensase de la pena de azotes, y un sacerdote católico comprometiéndose á interceder si se le daban doscientas libras esterlinas. Reunióse el dinero, y el sacerdote hizo lo que pudo; mas todo fué en vano. «*Mister Johnson*, dijo el Rey, *tiene alma de mártir, y es por tanto muy regular hacer que lo sea.*» Algunos años después decía Guillermo III de uno de los más intrépidos y acérrimos Jacobistas: «*Se ha empeñado en ser mártir, y yo estoy empeñado en que no lo sea.*» Estas dos frases bastarían, sin más, á explicar la radical diferencia en la fortuna de ambos príncipes.

Llegó por fin el día en que Johnson debía ser azotado; empleóse un azote de nueve disciplinas, que trescientas diez y siete veces fué descargado sobre el reo, el cual ni por un momento se dejó abatir. Posteriormente refirió que el dolor había sido cruel, pero que cuando le conducían atado detrás del carro recordó con cuánta paciencia había llevado el Señor la Cruz hasta el Calvario, y esta idea de tal modo le alentó, que á no ser el temor de que lo tomásen á vanagloria, hubiera cantado un salmo con voz tan firme y regocijada como si estuviera rindiendo culto á Dios en medio de los fieles. Imposible es no desear que tanto heroísmo no fuese acompañado de mayor tolerancia y dulzura (1).

(1) *Vida de Johnson*, al principio de sus obras; *Historia secreta de la bienhadada revolución*, por Hugo Speke; *Causas de Estado*; Citters, nov. 23 (dic. 3), 1686. Citters trae la mejor relación del proceso. He visto un *in-plano* que confirma su narración.

## L.

CELO DESPLEGADO POR EL CLERO ANGLICANO CONTRA LOS CATÓLICOS.—OBRAS DE CONTROVERSIA RELIGIOSA.

No encontró Johnson simpatías en el clero de la Iglesia anglicana. Había intentado justificar la rebelión; habíase mostrado favorable al regicidio, y á pesar de las continuas provocaciones del Monarca, aun seguía el clero firme en la doctrina de la obediencia. Pero veían con inquietud y alarma los progresos de la que ellos creían odiosa superstición, y al mismo tiempo que rechazaban toda idea de defender la religión con la espada, acudían valerosamente en su auxilio con armas de muy distinta especie. El predicar contra los errores del catolicismo, fué entonces para ellos deber sagrado y cuestión de honor. El clero de Londres, que en ilustración é influencia se hallaba entonces á la cabeza del de todo el reino, dió el ejemplo que bravamente siguieron sus más atrasados colegas de toda la nación. Si sólo se tratase de un puñado de atrevidos, quizá los hubieran citado ante el Tribunal eclesiástico; pero no había medio de castigar una falta cometida todos los domingos por millares de clérigos desde Berwick hasta Penzance. Las prensas de la capital, de Oxford y de Cambridge no cesaban un momento. La ley que sujetaba los trabajos literarios á la censura, no podía impedir á las publicaciones de los polemistas protestantes, por contener una excepción en favor de ambas Universidades, además de autorizar la publicación de cuantas obras teológicas, obtuvieron licencia del Arzobispo de Canterbury. No

estaba, pues, en mano del Gobierno imponer silencio á los defensores de la religión anglicana, los cuales formaban una numerosa, intrépida y bien escogida banda de combatientes. Contábanse entre ellos oradores elocuentes, hábiles dialécticos, eruditos profundamente versados en los escritos de los Padres de la Iglesia y en cuanto á la historia eclesiástica se refería. Algunos de ellos en época posterior volvieron unos contra otros las formidables armas que juntos habían esgrimido contra el enemigo común, y por sus sañudas contiendas é insolentes triunfos deshonraron la Iglesia que antes habían salvado. Pero en aquella ocasión formaban una sola y unida falange. En la vanguardia aparecía una fila de intrépidos y hábiles veteranos: Tillotson, Stillingfleet, Sherlock, Prideaux, Whitby, Patrick, Tenison y Wake. Formaban la retaguardia los bachilleres en artes más distinguidos que seguían los estudios para ordenarse de diáconos. Notable entre los reclutas que Cambridge mandó al campo era un ilustre discípulo del gran Newton, Enrique Wharton, el cual algunos meses antes había llevado el primer premio entre todos los del curso, y cuya temprana muerte lloraban poco después hombres de todos los partidos como pérdida irreparable para las letras (1). No menos orgullosa estaba Oxford de un mancebo cuya gran inteligencia, ensayada por vez primera en esta lucha, fué más tarde causa de disturbios en la Iglesia y el Estado por espacio de cuarenta años: Francisco Atterbury. Tales eran los hombres encargados de discutir cuartos principios eran objeto de controversia entre protestantes y católicos, empleando á veces en la polémica estilo llano

(1) Véase el prefacio de los *Sermones póstumos* de Enrique Wharton.

y popular, inteligible á las mujeres y á los niños, acudiendo otras á las mayores sutilezas de la lógica, y desplegando en otras ocasiones inmenso caudal de ciencia. Las pretensiones de la Santa Sede, el valor de la tradición, el purgatorio, la doctrina de la transustanciación, el sacrificio de la misa, la adoración de la hostia, la supresión del vino en la comunión de los laicos, la confesión, la penitencia, las indulgencias, la extremaunción, la invocación de los santos, la adoración de las imágenes, el celibato de los clérigos, los votos monásticos, la costumbre de celebrar el culto público en una lengua ignorada de la multitud, la corrupción de la corte de Roma, la historia de la Reforma y la vida de sus hombres principales: todo fué largamente discutido. Tradujéronse del italiano gran número de absurdas leyendas donde se referían milagros de santos y reliquias, y se publicaban como muestra de las artes empleadas por los curas católicos á cuyo influjo se debía el embrutecimiento de la mayor parte de la cristiandad. De las obras publicadas sobre estas materias por teólogos anglicanos en el corto reinado de Jacobo II, muchas tal vez habrán desaparecido, pero las que aún se encuentran en nuestras grandes bibliotecas llenan próximamente veinte mil páginas (1).

(1) Puedo certificar la verdad de este aserto con mis propias investigaciones. Consérvase en el Museo Británico una excelente colección. Birch nos dice, en su *Vida de Tillotson*, que el Arzobispo Wake no había sido capaz de formar un catálogo completo de todos los folletos publicados con motivo de esta controversia.